

El ser del deber-ser^(*)

- I. *El Ser del Deber-ser ni está identificado con el Existente perceptible, ni es nada.*

Para la fundamentación filosófica de la Moral, se ha intentado a veces identificar el Ser con el Existente perceptible de los sentidos, de suerte que quedaría en realidad suprimido el Deber-ser.

Tanto si se hace por un prejuicio empirista, como si reduciendo la Moral a meras estadísticas de hechos, en realidad la actitud que suprime el Deber-ser (reduciéndolo al Existente perceptible) por la razón de que no sería algo Existente perceptible, se autodestruye: pues en efecto, oponerse a quien niegue la identificación de Deber-ser con Existente sensible, ya es admitir otra clase de Deber-ser no-existente (es decir, esta misma oposición) que como tal ni es nada (puesto que se admite que es algo que debería destruir la proposición adversa), ni es tampoco algo Existente perceptible.

Lo que está en el fondo es que el Existente perceptible no agota toda la realidad. Esta tiene raíces más profundas. Cuando expreso el contenido del pensamiento al decir «Ser», no expreso solamente algo que pertenece al Existente perceptible sensiblemente, sino también al No-existente-perceptible, pero «inteligible», que rige el comportamiento del Existente sensible.

¿Cómo se explica, pues, que aquello que es Existente perceptible, esté sometido a algo que por una parte *no existe* como tal, según hemos dicho, pero que por otra parte parece que *exista*, precisamente porque rige el comportamiento del existente actual o futuro?

La solución de este problema profundamente humano, exige que se examine no sólo la evolución de la historia de las nociones sobre

(*) Del 6 al 8 de septiembre de 1973 se tuvo en Gallarate una Asamblea del Centro de Estudios filosóficos, cuyo tema versó sobre el «valor» (restringido al «valor» moral). El estudio que aquí se publica no es una mera traducción de la comunicación allí presentada, sino que declara puntos más sometidos a discusión.

el Ser, sino cuál es la concepción que sea coherente con los otros Valores; y que además no sea infiel a la realidad. Y al hablar ahora de Valores, no nos referimos tan sólo a una especie de Valores, sino de todas las dimensiones, esto es, ante todo a los Valores del pensamiento y luego a los de la voluntad y en la moralidad, ya que sólo haremos una alusión a los Valores estéticos, sin desarrollar aquí su exposición.

El problema del Ser y del Deber-ser, es decir, de la Axiología, se encuentra en todas partes donde esté la actividad específicamente humana.

II. *El Deber-ser en la trascendencia del pensamiento de las ciencias nomotéticas*

Es interesante observar que las Ciencias que dan *leyes* universales, que expresan una exigencia o pertenencia o necesidad fundamental, es decir, radicada en el singular Existente, expresan un Deber-ser que se capta cuando el pensamiento se trasciende más allá de lo que sería tener, como los brutos, una mera captación sensible.

A veces son llamadas Ciencias, de un modo muy diverso, los conjuntos descriptivos de realidades existentes, cuyas relaciones son dispuestas y clasificadas, sin ir más allá. Se puede decir que esto sólo nos da conocimientos nuevos a la manera como podríamos decir que «conoce» una ciudad quien ha recorrido sus calles. La conoce, pero este conocimiento *no le da leyes*, no le da afirmaciones con universalidad y necesidad, que se extiendan más allá del número estrictamente observado (inducción completa).

Por el contrario otras veces adquirimos conocimientos que suben al nivel de ciencia nomotética o regulativa. El singular existente es tan sólo el punto de partida para expresar más hondamente el Ser de este ser-existente-sensible; es decir, estas raíces más profundas que expresamos con la universalidad y necesidad del Deber-ser. Así es como el pensamiento se trasciende en las Ciencias, mientras que quedándose en el nivel del singular-existente-sensible, quedaría al nivel de los brutos, que saben lo que sucede, pero no saben por qué sucede, ni consiguientemente qué sucederá fuera de aquel estricto horizonte singular.

Las Ciencias dándonos el por qué, «explican» los hechos futuros o posibles; «justifican» el hacerse, que así ya no será una pura gratuidad. Pero esto no es sino admitir un Deber-ser, que como tal no existe, por más que aun no existiendo rija los Existentes, su comportamiento.

No se diga que el pensamiento humano descubre las formas universales y necesarias proyectadas por él mismo a la manera como lo decía Kant. No se diga, porque entonces sucede que esta facultad pensante habría debido proyectar también las formas universales

para decir que proyecta formas universales; es decir, no habría dicho nada de algo existiendo «en sí», no reducido a su representación de ello; no habría dicho nada de la razón de *otros*, o de la mente «en sí».

Los esfuerzos para huir de este absurdo, no son convincentes; porque el principio de no-contradicción lejos de ser sencillamente analítico, es sintético como los otros, ya que siempre se pretende hablar de la mente «en sí», de los actos psíquicos tal como existen «en sí», no como *meramente* representados cuando se buscan sus condiciones de posibilidad.

Realmente no es posible al pensamiento humano, no apoyarse en la trascendencia para decir transcendentemente que la niega. Negarla importa, radicalmente por lo menos (si se sacan con coherencia todas las consecuencias), el relativismo escéptico que propiamente no «dice», no «piensa», no «sabe». Por esto cuando Kant hablaba de los *nómenos* como absolutamente inaccesibles al pensamiento especulativo, no podía evitar que dijese esto especulativamente, captando con el pensamiento especulativo el Deber-ser o *nómeno*, que habría debido ser absolutamente extraño a la especulación; y cayendo así en una contradicción semejante cuando por medio del propio pensamiento afirmaba las «cosas en sí», que influirán como elemento material de la sensación, como si fuesen totalmente inaccesibles a su pensamiento, el cual sin embargo había sabido todo esto de ellas para poder decirlo con sentido; pero si afirmase que «solamente» podía saber esto y no más, se encontraría con que no podría evitar la concatenación lógica por la que partiendo de una captación y afirmación, se van deduciendo las demás; ni podría justificar por qué y dónde, pone un límite entre lo que sabe de los *nómenos* y el resto.

No vaya uno a imaginarse que estas contradicciones se encuentran solamente en Kant. También se encuentran en los otros sistemas que niegan esta trascendencia de la Metafísica, en la misma medida en que la niegan; pero no parece que sea necesario aquí detenernos más para demostrar nuestra afirmación.

Si, pues, las Ciencias se trascienden, entonces las Ciencias dicen algo precisamente porque no reducen el Deber-ser al Existente perceptible sensiblemente, como Existente perceptible, sino que lo expresan más profundamente.

III. *El nivel de la auto-afirmación*

Cuando uno llega aquí, es necesario proponerse una pregunta. Es esta: ¿dónde nos detendremos?, ¿dónde está la justificación que no nos remita más lejos porque quede justificada por sí misma?

Las Ciencias justifican el sensible existente para que no sea gratuito como parecía a los pueblos primitivos, que por esto no ponían

la acción de las Causas Primeras en el nivel de Causa Primera, sino que hacían que la Divinidad y Seres supraterranos suplantasen constantemente lo que se debía atribuir a causas segundas, que ellos no conocían: y por ello el Hacerse les parecía gratuito. Precisamente lo evitan las Ciencias por cuanto nos dan las razones y causas del Existente perceptible. Pero estas razones o leyes, si se toman en el nivel de expresión universal y necesario del Deber-ser, ¿dónde hallarán su justificación?, ¿dónde estará la razón de esta razón? Con otras palabras: hasta admitiendo (como admitimos) que lo sensible tiene razones y causas metasensibles, sin embargo nos preguntamos de nuevo cuál es la razón de estas razones, la causa de estas causas. Si han dado una satisfacción a nuestro pensamiento, no es una satisfacción totalmente «satisfactoria» (permítaseme la paradoja) si no es llegando a un nivel que corte el proceso de remitirnos por parecidas exigencias racionales a un nivel ulterior.

A veces han querido los pensadores detenerse a medio camino; pero ha sido imposible. Si la justificación del Deber-ser o leyes de la Física, se hallase en la Matemática o estrato formalizado, entonces ésta habría de ser por sí misma auto-fundante. Pero ha resultado imposible a la Filosofía de la Matemática, como a los sistemas axiomáticos de la Lógica simbólica, emplear una autopredicación fundamental, autopredicación que por el contrario es la raíz de las antinomias en la Lógica matemática; y por la misma razón, es raíz de las dificultades de la noción de infinito en las Matemáticas.

El nivel que nos ofrece esta justificación es aquel donde se encuentra la intuición de la evidencia de una noción que tenga estas dos características:

1.^a que tenga absoluta *universalidad* (esto es, necesidad) en todo el reino de lo inteligible, de suerte que esta noción esté implícitamente contenida en cualquier otra noción o afirmación;

2.^a que implique la *auto-afirmación*, esto es, que hasta negándola, excluyendo su contenido por medio de un acto, *en esta misma negación* sea afirmada la noción que se quería negar: CCNppp (como formula muy bien Lukasiewicz): lo que es necesario no se puede negar (en aquel sentido en que se ha puesto como necesario), pues negarlo importa su misma afirmación.

Pero esto es precisamente lo que expresamos en el nivel de la captación del Ser en la Metafísica.

Con otras palabras: si el nivel último significativo en que nos detenemos, es el nivel de un Lenguaje que nos remite a un Metalenguaje, entonces aquél no era el último; pero para que no nos remita a otro nivel ulterior es preciso que él mismo sea autofundante: es decir, que sea capaz de la auto-predicación. De ninguna manera sucede esto con el nivel formalizado de la Lógica simbólica, ni con el de las Matemáticas, antes al contrario hay en su misma andadura

una esencial «incompleción»; pero si se elimina la pretensión de una total formalización y se admiten ciertas intuiciones fundamentales, al modo de B. Russell por ejemplo, entonces no se justifica por qué se separan estos filosofemas «inofensivos», de otros «ofensivos...» que están en estricta conexión semántica con ellos. Es decir, dar la razón del Principio de Razón suficiente, o es una auténtica Metafísica, o no es más que un pretexto; pero si sólo es un pretexto entonces lógicamente se cae en el psicologismo (como, según dicen, si es verdad esto que dicen, sucedió en el último estadio de B. Russell) es decir, en el relativismo o escepticismo autodestructor.

IV. *El nivel del Ser*

Será suficiente una breve exposición de estos dos puntos señalados ahora mismo, ya que un desarrollo de los mismos, es cosa conocida por la Metafísica de nuestra tradición:

1.º la intuición superior (cuando nos colocamos en el nivel del pensamiento científico, es decir, de los «por qué») es la «sociabilidad de las notas», es decir, aquella «aptitud para existir» o si se prefiere decirlo así, la *absoluta necesidad* con que aquello que «es», en la misma medida con que es concebido y expresado que «es», necesariamente en aquel sentido «es», según ya vimos en un estudio anterior: es decir, la noción de Ser;

2.º esta intuición, precisamente porque es la última e implícita en cualquier otra, *queda afirmada por el mismo acto que la negase*.

Aquí se encuentra la *autopredicación*, en este nivel que nuestros filósofos del pensamiento filosófico cristiano, llamaban el nivel «trascendental» o del Ser en cuanto Ser, para contraponerlo al nivel «predicamental» o de cualquier ser mirado con mayor comprensión o hasta singularidad.

Así, por ejemplo, no había ninguna contradicción en la expresión autopredicativa: «pienso con verdad que pienso con verdad»: porque el Atributo trascendental del Ser, o verdad trascendental o inteligibilidad del Ser, se auto-contiene: siendo tan absoluto, universal o trascendente de todo como el Ser, se auto-afirma. Con toda plenitud (mayor que la que expresa el Lenguaje formalizado, en el cual no caben nociones analógicas) Cpp; o más apretadamente Epp.

Por el contrario, aparece la contradicción en la expresión: «pienso con verdad que no pienso con verdad»: porque la verdad «lógica» o predicamental, no es trascendental (no me detengo ahora en exponer este asunto, bien conocido); por tanto puede a veces darse o no darse; por consiguiente la falsedad, propiamente no «es»; lo mismo que toda privación, no «existe», sino existe «*tal ser* privado», «negado», «carente», etc.; por ello no puede permitir de suyo la auto-

predicación, porque esto sería como poner con la exigencia del Ser, lo que no tiene la absolutez, unidad última y universal del Ser.

Con otras palabras: aparecen antinomias y contradicciones en los niveles de pensamiento *que el hombre toma como si fuesen el último y no lo son de hecho*, cuando se emplean en la auto-predicación. Por ejemplo, en los términos de la Matemática y de la Lógica, que son siempre «unívocos». Como unívocos, no pueden expresar la analogía que tiene precisamente la última noción, la de Ser, que *no solamente «es»*, sino que en ella también «es» cualquier determinación *con que «es»*, aquello que «es». Pero los términos unívocos no pueden ser la clase suprema, que sería a la vez clase e individuo de la clase.

También en la Metafísica puede errar a veces el filósofo, si comete la equivocación de tomar un nivel «predicamental» como si fuese el «trascendental»; por ejemplo en la unidad, cuando la filosofía presocrática tomó la unidad, que se da en cualquier ser sólo por cuanto «es», o como Ser, la tomó, digo, en un nivel predicamental, como constitutivo de los seres, al modo de los pitagóricos. Aristóteles en su Metafísica con frecuencia alude a esta equivocación que fue también la de Parménides; como asimismo en el extremo opuesto la de Heráclito (el primero reducía la unidad trascendental al nivel de predicamental; el segundo tomaba la predicamental como trascendental). Finalmente, también Platón cometió en cierto modo esta equivocación, en la misma medida en que estableciese *como Existente* la unidad esencial o del Deber-ser. Se comete un error semejante cuando se toma la verdad lógica (adecuación de la mente a la cosa, por tanto actual, entre tal mente y tal cosa), como si fuese la verdad trascendental (o inteligibilidad intrínseca de la cosa; adecuabilidad, o capacidad de que pueda ser término de una adecuación). Finalmente, cuando se tomó el mal como si fuese, en cuanto mal, un ser positivo, negando así la trascendentalidad del bien, se cometió el mismo error.

Si por el contrario nos detenemos en el nivel del Ser, entonces quien piensa, *necesariamente* en cuanto piensa, piensa; hay por tanto ahí una evidencia *absoluta, autofundante*, de autopredicación, puesto que si piensa, piensa que piensa; como si «es», en cuanto «es», «es». Se trata de un Deber-ser, una exigencia que por trascenderlo todo (ya que es la intuición última) tiene total universalidad y necesidad.

Es decir, se expresa el Ser abrazando *en su contenido* no sólo el *Existente* sensible actual, sino también todo el ámbito del *meramente* posible, o potencial, o esencia inteligible. La noción de Ser abraza todo el horizonte de lo inteligible. Ahora bien, esta evidencia última, de auto-afirmación, se justifica por sí misma, porque negarla inteligiblemente, importa afirmarla.

Pero esta noción de Ser, aunque exprese un contenido que re-

basa todos los Existentes y todos los Inteligibles, no es, *como tal*, existente. Hegel, por el contrario, concibe el Ser como identificado con el devenir onto-pensante humano, sin poder entonces explicar por qué no deviene esta ley del devenir...; como tampoco, por qué su verdad abstracta de la Lógica, coincidirá con la óptica de la Fenomenología; como tampoco, por qué no nos explica el paso desde la especie a la inteligibilidad del individuo en cuanto individuo, etc. En nuestra Metafísica por el contrario, aunque admitimos que esta intuición de que «lo que *es*, en cuanto *es*, *es*», está como intuición primera, fundamental, sin embargo admitimos también que es primera sólo «quoad nos»; pero «quoad se» requiere como nivel primario que esté radicado en un Existente que identifique consigo todo el horizonte absoluto de inteligibilidad de las esencias. Y este Ser, por cuanto es «absolutamente» Necesario (no sólo como en el caso anterior «analógicamente», en que decíamos que «el Ser *en cuanto es* —en aquel sentido y grado—, en que es Ser, es Ser») no puede no-ser en ningún sentido; por tanto ni puede devenir, ni mudarse.

Si no podemos decir de cualquier Existente: «es posible porque existe», a la manera irracionalística de Sartre, sino «es existente, porque es posible» (supuestas las otras condiciones o causas), entonces nos es preciso detenernos: primero comprobamos «a posteriori» que pensamos con verdad contra el escepticismo (¡por tanto es prueba o proceso «a posteriori»!) y entonces no podemos detenernos en su explicación diciendo que «existe porque es posible», sino que vuelve la pregunta sobre este otro, por qué es posible, hasta que nos detengamos en un término que corte el proceso: *absolutamente Necesario*: funda en sí, todo el horizonte de Posibilidad, o Inteligibilidad, o Sociabilidad de notas, o Ser; su Existir es su Esencia. Ya entrevió Aristóteles que el correlato de la verdad absoluta que funda el pensamiento, es un Pensamiento del Pensamiento, Acto puro, que funde en sí la misma Posibilidad; Ser en el cual, sí, esta Necesidad sin término (por tanto fundamento del «infinito», no matemático, ni formalizado, ni sincategoremático, sino intensivo) da la total Universalidad de la «verdad» de las Ciencias y Pensamiento: «es» Existir.

En El, es decir, en Dios, el Ser del Deber-ser es Existir como tal, con esta absolutez del plenamente Necesario e Infinito. En todas las otras nociones, ya sea de los Existentes finitos, ya sea de las Esencias posibles, vemos que el Ser de que son portadores, los trasciende hasta este último nivel, de suerte que es imposible negar el Deber-ser, como sería reduciéndolo al nivel del Existente sensible, perceptible.

Por esto, así como la afirmación del Ser, se auto-afirma, también su negación se auto-destruye. Quien habla, puede hablarnos diciendo que habla; pero quien está mudo, no puede hablarnos para de-

cirnos que está mudo, porque si está mudo no puede decirlo; y si lo dice, ya no lo está.

V. *El Valor*

Dentro de este cuadro ofrecido por la Metafísica, se explica qué son los Valores. Se comprende que los Valores sean realísimos, hasta sin existir; que sean universales y necesarios, hasta cuando decimos que radican en cosas existentes.

Podríamos ahora esbozar un resumen de la teoría del Valor partiendo de lo dicho anteriormente, así: como el Ser es absolutamente universal y en este sentido necesario, también será universal y necesaria su propiedad de verdad o inteligibilidad, puesto que brota de cualquier ser tomado o entendido en cuanto Ser: lo que «es» en aquel mismo sentido y grado en que «es», también es inteligible, o capaz de ser término de una intelección (que diga que «es» aquello que «es»). Ya se advierte que hemos dicho que tiene en sí, por su unidad, esta capacidad de poder ser término de una intelección o mente «si se da»: aquí no decimos «tal» intelección o mente; no decimos «que se dé» (pues entonces ya hablaríamos de la verdad predicamental o lógica, no de la trascendental).

Es decir, porque el Ser referido a sí mismo conviene consigo, puesto que «en el mismo *sentido* y *medida* (o sea analógicamente) en que se diga que es, exige ser», por esto tiene esta intrínseca unidad. Pero porque es así uno, también es inteligible o verdadero, es decir, capaz de ser término de una intelección. Por el contrario, el flujo heraclitano de un *mero* devenir, sin sujeto que fluya, así como no tiene ninguna unidad, tampoco tiene ninguna inteligibilidad, pues antes de decir qué es, ya por hipótesis no-es: es un no-es: afirmación que si no se toma como juego, sino realmente, se autodestruye. Destruída la unidad-necesidad, también se destruye su ser, también la verdad o inteligibilidad.

De modo semejante brota del Ser otro Deber-ser, que es el valor de apetición o bondad. O mejor, dicho, valor de «apetibilidad», ya que hablamos de la bondad trascendental, no de la predicamental que supondría que es «apetecido» de *hecho*, o respecto de *tal* facultad. Pues bien, lo que es intrínsecamente inteligible al modo dicho, también es capaz de constituir en el Ser, como término de la posesión o aapetición, si las hay: esto es, es bueno.

Así se comprende que el Valor —como opuesto al Existente sensible, perceptible— tenga, a pesar de no existir, universalidad y necesidad: tiene las del Ser, cuyo atributo, coextensivo o trascendental como él, expresan.

Sin universalidad y necesidad, el Valor ya no sería Valor; pero si no estuvieran radicadas en el Ser, estas universalidad y necesidad del Deber-ser, desaparecerían como absurdas.

Si el mérito, la gratitud a los bienhechores, el amor a los padres, la rectitud moral, etc., no fueran apetecibles *porque buenas*, sino que fueran solamente buenas porque *apetecidas de hecho*, singularmente, entonces se podría de derecho apetecer lo opuesto; y lo opuesto sería llamado «bueno» con una actitud prometeica de *Umwertung aller Werte*: que si no es radical o total, no se justifica en lo que radicaliza; y si es total, destruye el mismo Valor, pues de igual modo que el ser, podría ser apetecible no-ser. Sin universalidad de un Deber-ser, no hay Valor; pero si el Deber-ser estuviese identificado plenamente con el Existente sensible singular, perceptible, esto es, incapaz (en cuanto tal «singular», «sensible», «contingente») de universalidad y necesidad, entonces el Valor sería un no-valor; se destruiría.

Así como si el hombre —existente finito— fuese «libertad», también sería libre para negar la libertad. No sería Valor la libertad; no «debería», no «exigiría» ser apetecida porque apetecible. Si por el contrario el hombre «es» libre, por no *ser* aquello que «es» (sino *tener* aquello que «es»), entonces «tiene» libertad, no «es» libertad (contra Sartre); y por tanto el hombre no es libre para no ser libre; no «crea» el bien, que busca con su libertad, sino que «busca este bien, o mejor, aquello que «es» un «Deber-ser apetecido...» Ahí está ya implícitamente toda la trama de la libertad humana; de sus límites que la constituyen (precisamente porque es de un ser finito, contingente); del término trascendente que la constituye y al cual tiende.

VI. *Historicidad de los Valores*

Con frecuencia se ha manifestado una dificultad contra la universalidad y necesidad de los Valores. Se ha hecho notar que los valores se descubren con dependencia del tiempo y de circunstancias cambiantes y contingentes, según el desarrollo histórico de la humanidad.

La dificultad se plantea entonces, así: si se dice que los Valores no son temporales y contingentes, se afirma algo que es opuesto a la evidencia histórica; pero si se admite ésta, entonces se niega la absoluta trascendencia de los Valores, la universalidad y necesidad que antes habíamos exigido como esenciales.

Una respuesta que nos dijese que en los Valores hay algo de esencia absoluta y algo dependiente de los Existentes contingentes, sin duda sería una respuesta obvia, pero que no nos explicaría el porqué ni el cómo. La distinción entre *Kulturwerte* y *Lebenswerte* no explica dónde está netamente y con precisión el límite entre los primeros y los segundos; ni, por tanto, por qué la mutabilidad histórica de los segundos, no turbe también la inmutabilidad de los primeros.

En nuestra Metafísica tenemos una respuesta que tiene coherencia

con todo el sistema de pensamiento que antes hemos expuesto; por esto lo hemos desarrollado.

He aquí formulado en pocas palabras su enunciado, a manera de fórmula: se llama relación «trascendental» aquella cuyo fundamento está identificado sólo con el sujeto de la relación y con todo el sujeto; mientras que «predicamental» es aquella en que además del sujeto, el fundamento constitutivo de la relación está también en el término (o parte de él) o por lo menos no está identificado con «todo» el sujeto (por ejemplo, porque le sea algo adventicio: pero ahora sólo interesa examinar el caso precedente).

De aquí se sigue que es suficiente en las relaciones «predicamentales» el cambio del término, para cambiar ya la misma relación. Por ejemplo, el término «inteligible», cuando digo: «los asertos geométricos son inteligibles». Si son pronunciados ante caníbales (es decir, cuando el término está mal dispuesto), entonces no serán inteligibles; esto es, no serán inteligibles «de hecho», «respecto de ellos», de modo semejante a como decíamos antes que puede fallar a veces la «verdad predicamental», no la «trascendental».

En cambio, la relación «trascendental» no puede ser mudable, porque su fundamento está en *solo el sujeto*; y *en cuanto éste tiene algo absoluto que no cambia*, tampoco cambiará la relación trascendental: la absoluta universalidad y necesidad trascendentales, de que hablábamos antes. Así, en este sentido, decimos que la geometría es inteligible, esto es, en cuanto a su intrínseca naturaleza que es capaz de ser término de una intelección o mente bien dispuesta, de lo cual prescinde la noción de «trascendental» y de «relación trascendental».

Pero como hemos dicho que es absolutamente universal y necesaria la «sociabilitas notarum» o «aptitudo ad existendum» o Ser, se sigue que también su verdad trascendental o inteligibilidad lo trasciende todo, universal y necesariamente, como el Ser, del que es Atributo: por tanto todo Ser, todo conjunto «coherente» o «sociable», tiene esta existencia ideal que le da aptitud para existir actualmente (ya de un modo inmediato —hombre, caballo, árbol—, ya lejana y mediatamente —2 y 2 son 4—): es decir, es inmutable la verdad trascendental o intrínseca inteligibilidad, tanto si hay «de hecho», tal término, tal mente, que entienda, como si no.

Pues bien, de modo semejante esto nos explica por qué no es admisible el relativismo valoral cuando se trata de otro Atributo del Ser, el bien o Valores apetitivos; aunque admite, como en el caso anterior, que hay algo relativo.

Si mis disposiciones cambian, el mismo objeto que antes me favorecía y por ello era «apetecible» para mí, quizá después, cambiado el término, que es mi disposición, ya no será «apetecible». Pero la apetibilidad radical del Ser es absoluta, porque no se refiere a «este», «tal» término o facultad, sino «a la» facultad apetente, si hay alguna: tal ser es *intrínsecamente, radicalmente* apetecible, capaz de ser

término de una apetición. Que sea *de hecho*, ahora, allí, etc., apetecido o apetecible nada tiene que ver para afirmar una total contingencia, mutabilidad o total relatividad valoral de los bienes.

Por esta razón, pues, ya que puede darse un cambio de relación predicamental por el mero cambio del término (con otras palabras: el cambio de los valores, cuando cambian las circunstancias), se trata de un cambio que *sólo puede acaecer dentro de ciertos límites*: está regido fundamentalmente por la apetibilidad trascendental.

Para recurrir a un ejemplo fácil que ayude a expresar lo que queremos decir, tomemos el que hemos empleado antes, a propósito de la denominación de «inteligible» atribuida a la geometría: sigue siendo inteligible *de suyo*, no será inteligible *de hecho* en tal caso, respecto de los caníbales; pero esto no permite decir que la geometría respecto de los hombres *simpliciter, como tales*, sea igualmente «inteligible» o «ininteligible»: pues, además de tener la inteligibilidad intrínseca, o trascendental, que la hace inteligible como no lo es por ejemplo la expresión «círculo-cuadrado», tiene también mirada predicamentalmente la referencia a las facultades humanas *como tales*, no degeneradas; es decir, la mutabilidad del sujeto humano no es absolutamente indeterminada o sin fronteras. Por esto podrá haber casos en los cuales se pueda decir que las facultades humanas *deben* ser tales que el aserto $2 + 2 = 4$ no sólo sea «radicalmente» inteligible, sino también «de hecho»; que la geometría no sólo sea «como tal» comprensible, sino también respecto de cualquier hombre desarrollado.

Pues bien, de modo semejante puede decirse en nuestro caso: no puede el hombre decir: «para mí es *apetecible* el vicio, el asesinato, la maldad, no la virtud». Que «de hecho» sea a veces así —supuestas sus malas disposiciones— está fuera de duda; pero esto no suprime que quede la *exigencia fundamental*, según la cual «debe» ser el hombre de tal suerte, que la virtud no sólo «de derecho» le sea más apetecible, sino también «de hecho».

Con otras palabras: no hay inconveniente en que las mudables circunstancias históricas se den *dentro de ciertos límites* como concausa para la formación de nuevos valores, por la razón de que otros desaparecen, o las facultades se afinan, o se hallan en tales circunstancias subjetivo-emotivas, etc., que se capta y se apetece lo que antes no se apetecía. Pero de ahí no se sigue el relativismo valoral, ni la irracionalidad del reino de los Valores como si fueran captados por una facultad meramente «emocional», al modo de Max Scheler, que excluyese los Valores del reino del Ser y del pensamiento racional. Lo que de allí se sigue es que siendo el Atributo una relación; y siendo lo predicamental algo añadido a lo trascendental, hay en los Valores apetitivos «algo» relativo. Lo cual es obvio después de lo dicho.

VII. *El valor moral, especie superior de los bienes.*

Si se define el Valor como aquello ante lo cual no estamos indiferentes, esto es, como aquello que *en cierto sentido* se opone al mero Existente (como de modo semejante los Atributos del Ser, se contraponen al Ser), entonces no se puede decir que la única especie de Valores sea la de los Valores éticos o morales; esto tomando en sentido restrictivo el Deber-ser; porque también hay objetos ante los cuales «no estamos indiferentes», sin que sean como tales, Valores apetitivos.

Hay de hecho otras realidades ante los cuales no estamos indiferentes, como son los Valores estéticos. Además, aunque el valor de verdad, aunque «en cuanto verdad» no es de lo apetecible, sin embargo «en cuanto» perfecciona el entendimiento, en este otro sentido se convierte en Valor apetecible, ya que, en frase de Sto. Tomás, «verum est bonum intellectus». Pero también en el primer sentido se podría discutir si no hay en la verdad en cuanto verdad, también Valor, en el sentido en que se habla por ejemplo en lógica de los valores de una función, o de valor de verdad.

Pero en fin, dejando ahora de lado la pregunta sobre cuántas y cuáles son las especies de Valores; y también si todos ellos tienen una naturaleza común en cuanto son Valores; por lo menos una cosa queda en claro y es la que ahora nos interesa: que también en la moral hay Valores. El Deber-ser es sin duda el Valor que más descuella entre todos; y es una especie de los Valores que caen bajo el bien, o Valores apetitivos.

Puede decirse que hasta admitiendo la distinción entre lo ideal y lo pragmático (Kulturwerte - Lebenswerte), el Valor moral es una especie superior de Valores.

En realidad, con la posesión de los otros bienes el hombre queda hecho bueno «secundum quid», «en cuanto a algo»: buen literato, buen músico, buen filósofo, etc., pero con el valor moral queda hecho buen «hombre», sin más, simplemente como hombre, en lo que tiene como específico suyo, con su teleología propia.

Este es el sentido de la ley moral que todo viviente racional suficientemente desarrollado, siente en sí mismo. El hombre no percibe solamente «haz el bien, no hagas el mal», sino que cada uno de nosotros también percibe en sí mismo que si hace aquello que ha sido juzgado por la propia razón como malo, haciéndolo no queda después mal «filósofo», mal «literato», mal «músico», etc., sino sencillamente mal «hombre», «malo», es decir, en aquello que tiene de más específicamente propio.

Así como el pensamiento humano trasciende cualquier Existente singular percibido por los sentidos; y se extiende, como decíamos al principio, con juicios y Ciencias con un avance progresivo sobre el

horizonte del Ser, mediante este misterioso «es» que lleva consigo, de modo semejante también la voluntad busca de qué bien hará «el» bien, «su» bien: más allá de cualquier bien singular y finito, busca —escoge, elige, de ahí la libertad: qué medio conducirá a su fin— qué bien le conducirá a la felicidad o bien pleno a que constitucionalmente tiende, pero que nunca halla a nivel de los Existentes sensibles, como tampoco el entendimiento esencializando los Existentes, halla ante los sentidos un término cuya Esencia sea Existir.

A través de los Existentes, que conoce, portadores de Ser, deba cada uno buscar dónde está el Ser pleno, raíz y autofundación, que lo funde todo en lo inteligible; de modo semejante a través de los bienes ha de buscar el hombre dónde está «el» bien sin límites, capaz de darle la felicidad.

VIII. *Es obvia la lucha por el Deber-ser y contra él.*

No hay que maravillarse, pues cuando se ve la lucha que a través de los siglos de pensamiento, se halla en las diversas tentativas que querrían suprimir este Deber-ser, dando para ello la supremacía al Existente perceptible sensiblemente; es decir, abandonando la lucha, aunque sea degradando al hombre, con este abandono.

No hay que maravillarse, decía, de este hecho, porque este es el problema específicamente humano, que se hallará mientras existan hombres sobre la tierra. Sin esta lucha el hombre no sería hombre; sería una fiera, o sería un ángel, como dijo Pascal.

Si el hombre se manifestase como un Existente que plenamente «es» aquello que «ahora» es, proyectado sobre el horizonte sensible-material, entonces no experimentaría la dificultad de conquistarse a sí mismo, su propio Ser, en la trascendencia: la del Deber-ser.

Este impulso es precisamente la fuerza que hace que el hombre se pregunte el porqué y el porqué de sus porqués. Es la fuerza que hace avanzar al hombre en la cultura, en la civilización, en la posesión de la naturaleza a través de la historia. Es la fuerza que explica el culto a los difuntos, en pueblos muy primitivos, gesto que no tendría sentido si no hubiese alguna noción o deseo de un «más allá» trascendente. Es la fuerza que hace que el hombre sea más o menos «bueno», según que este misterioso Deber-ser captado por él, sea más o menos amado y antepuesto o pospuesto.

Es el misterio del hombre y a la vez es su grandeza.

Juan ROIG GIRONELLA, S.I.